

CUADERNOS DE LOS AMIGOS DEL DESIERTO / 2

EL ICONO



EL PROTOTIPO DE LOS ICONOS: LA IMAGEN REVELADA

La historia empieza en Edesa, pocos días antes de la pasión y muerte de Cristo. Edesa es el nombre histórico de una ciudad de Turquía, hoy en día denominada Urfa. Era la capital de un reino gobernado por Abgar V, quien introducirá el cristianismo en su reino con la intervención de Tadeo, uno de los setenta discípulos de Cristo, enviado por Tomás el apóstol.

Según la leyenda el rey, aquejado de dos penosas enfermedades (la gota y la lepra), acudió a Jesús con la esperanza de que realizara una milagrosa intervención. Por ese motivo envió a Ananías a Jerusalén con dos encargos: entregar una carta a Jesús, en la que describía su solicitud, y hacerle un retrato.

Ananías va a Jerusalén, entrega la carta a Jesús y, mientras espera su respuesta intenta retratarlo, pero no puede. Jesús, mojándose el rostro y secándose con un paño de lino, imprime sus rasgos en él y entrega el paño a Ananías junto con una carta de respuesta: en ésta explica al rey que está muy ocupado con su misión terrenal y que tiene que quedarse en Jerusalén, lo llama "beato" porque había creído en Él y le anuncia la curación completa por obra de uno de sus discípulos: Tadeo.

Al recibir el lienzo con la imagen de Jesucristo y la carta, Abgar se curó del todo a excepción de su frente; la lepra no desaparecería de esa zona hasta la llegada del apóstol Tadeo.

El Mandilion (en arameo significa toalla), es decir el rostro de Jesús impreso sobre el paño de lino, fue colocado en un nicho de la puerta principal de la ciudad y expuesto a la veneración de los cristianos, con la siguiente inscripción: "Cristo Dios, quien en Ti espera no se perderá."

Este acontecimiento (la Iglesia maronita conmemora la carta de Abgar y de Jesús el 18 de agosto) nos indica cómo tenemos

que concebir el icono y al pintor de iconos: el icono es un medio a través del cual el hombre recibe ayuda, salvación y sabiduría; es como si fuera una "reliquia". Quien lo pinta, mejor dicho, quién lo "escribe", ya que el icono es considerado "Evangelio en imágenes", se convierte en un medio para la gracia.

El icono se convierte en el borde de la capa de Cristo. Un verdadero pintor de iconos sigue el icono "aquerópita", es decir, la imagen revelada por el mismo Cristo.

VALOR TEOLÓGICO

La función de la palabra en el Evangelio la realiza el color en el icono. Existe una complementariedad entre palabra e imagen, entre escucha y visión: el mensaje que llega al oído a través de la palabra, llega a los ojos a través de la imagen. El cristiano es invitado a escuchar y a creer, pero también a ver y a confesar su propia fe. San Basilio afirma: "Lo que la palabra comunica por el oído, el pintor lo enseña silenciosamente". El icono tiene su manera de repetir la Escritura: habla principalmente de la gloria del Dios-hombre, y quien lo mira lo percibe como una experiencia del Espíritu Santo.

El contenido de la Sagrada Escritura se transmite por el icono no bajo la forma de enseñanza teórica, sino de un modo litúrgico, vivo, tocando todas las facultades del hombre. Así, a través de la liturgia y del icono, la Escritura vive en la Iglesia y en cada uno de sus miembros y transmite la misteriosa presencia divina.

Los iconos, integrados en la santa liturgia, desvelan el misterio de la comunión de los santos y revelan el cielo invisible que desciende sobre la tierra. Constituyen una vía a la oración contemplativa porque traen ante nuestros ojos el misterio de la

presencia de Dios. La fuerza de la oración que tal contemplación puede suscitar está ligada al sentido sacramental de los iconos. Esta presencia sacramental se hace posible a través de la bendición del sacerdote y, de esa manera, se convierte en objeto litúrgico. La bendición le atribuye una misteriosa presencia divina. En efecto, los iconos son expuestos solemnemente durante la sagrada liturgia y los fieles saben que son parte integrante de la acción litúrgica. El icono, pues, es instrumento de santificación.

La oración delante de un icono es una especie de síntesis de toda la oración cristiana: oración individual y oración litúrgica. Se trata de una oración que es reflejo de la palabra y del misterio de la revelación de Dios, contemplación de la inefable verdad y vida de Dios en sí y en su extensión trinitaria de salvación y redención.

El icono, en cuanto revelación y presencia, favorece el encuentro con el misterio en una mirada contemplativa e indica el amor inmutable con el que Dios quiere y busca a su criatura. Fijando la mirada sobre esta imagen podemos entrar en un diálogo de amistad, de adoración, de agradecimiento y de alabanza.

El creador del icono no trata de dar volumen, profundidad ni plasticidad a los cuerpos; al contrario, lo que el pintor de iconos reproduce y quiere presentar a la mirada de los fieles es un cuerpo transfigurado, espiritualizado. El sentido de la inmaterialidad es subrayado con la perspectiva invertida. En efecto, las líneas no son trazadas para converger en un punto dentro del icono sino en su exterior: la perspectiva no se encuentra detrás del cuadro sino delante, ofreciendo la impresión de que la escena está dirigida hacia el espectador para acogerlo, representando de ese modo la iniciativa de Dios: es Él quien viene hacia el hombre para encontrarlo y ofrecerle su amistad.

ICONO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Es la obra maestra de Andrej Rublëv (1360-1430), que vivió santamente como monje e hijo espiritual de San Sergio Radonez. Este icono fue definido como “el icono de los iconos” en 1551 por el Concilio de los Cien Capítulos. Es una obra maestra de increíble profundidad teológica, de belleza incomparable y con una gran riqueza simbólica.

Rublëv lo hizo en 1422 para la canonización de Sergio de Radonez, fundador del monasterio dedicado a la Santísima Trinidad, dónde vivió. San Sergio vio encarnada la imagen de este amor eterno y perfecto emanante de la Trinidad en la aparición de los tres ángeles en Mamre. Trató de reunir a toda la población rusa alrededor de su iglesia y del nombre de Dios, para que a través de la contemplación de la Santa Trinidad venciesen la odiosa división del mundo y aprendiesen a vivir sobre la tierra.

Rublëv supo representar la síntesis del mayor misterio de nuestra fe, revelándonos la unidad y, al mismo tiempo, la distinción de las personas divinas.

LAS FIGURAS SIMBÓLICAS DEL ICONO

En este icono, el círculo (símbolo de eternidad y perfección) se impone como motivo dominante de toda la composición. En el círculo se hallan las tres figuras angélicas que representan el amor perfecto, sin principio ni final. El recíproco quererse de las Tres Personas no configura un círculo cerrado, sino abierto a la espera de la humanidad. Dios contempla la humanidad simbolizada por la mesa rectangular: la percibe perdida y la quiere salvar; la ve hambrienta y la quiere nutrir; la observa abandonada y quiere ser su esposo.



El otro elemento que muestra la igualdad de las tres personas divinas es el triángulo equilátero que se forma al unir con líneas los dos extremos de la mesa con la cabeza de la Persona

del Hijo, que está en el centro. Uno en tres, tres en uno. Dios es uno, pero en tres modos distintos; Dios me quiere de tres maneras diferentes, con tres corazones unidos en un solo movimiento de amor. Círculo y triángulo no se ven, al igual que Dios, que está presente y, sin embargo, no se ve.

Por otra parte, encontramos el octágono definido por los taburetes en combinación con la casa y la montaña del plano superior. El ocho representa el octavo día, el día en el que la creación reposa en calma y plenitud.

Por último el rectángulo que está en el frente de la mesa representa el mundo (que tiene cuatro puntos cardinales, cuatro estaciones y, según el pensamiento antiguo, cuatro elementos (agua, fuego, tierra y aire). El cuatro es el símbolo del mundo.

LAS TRES COPAS

La copa grande está formada por las siluetas de las Personas laterales: el Padre y el Espíritu Santo, y contiene al Verbo Encarnado, que está en el centro.

La copa recortada en el mantel, entre las rodillas de los ángeles laterales, contiene la bandeja con el becerro, prefiguración de la Eucaristía, y es centro de todo el movimiento circular del conjunto.

La copa dibujada sobre el suelo, entre los pedestales de los mismos ángeles laterales, representa el espacio al que el hombre puede acceder para participar en el diálogo de amor.

Los colores son utilizados para expresar diferentes símbolos.

El azul de las túnicas representa la divinidad de las tres personas, iguales y distintas a la vez. En el Padre, el azul casi no se ve, indicando su invisibilidad e inefabilidad, pues "a Dios nadie le ha visto jamás" (Jn 1,18). Por eso, el ángel central, en el

que reconocemos a Dios Hijo, lleva el manto azul: “el Hijo le ha revelado”, sólo en el Hijo el Padre se hace visible: “Quien me vea a mí, ve al Padre”(Jn 14,9).

En el Hijo, el azul se combina con el púrpura, símbolo del amor sacrificado, que muestra el misterio de su amor hasta la muerte. También lleva la estola dorada, distintivo del sacerdocio.

En el Espíritu Santo, el azul se combina con el verde (color que también tiene el suelo que encontramos a sus pies) y que indica la vida que otorga a toda la creación.

En la parte rectangular superior podemos observar una casa, un árbol y una montaña.

La casa, símbolo de la tienda de Abraham y de la Iglesia, es el lugar de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Posee dos planos: uno inferior, que representa el Antiguo Testamento, y uno superior, que representa el Nuevo. Es el símbolo de la unión entre el cielo y la tierra, entre la Iglesia terrenal y la celeste. Es la morada que el Padre ha preparado y que abre puertas y ventanas para acoger a todos aquellos que, movidos por el Espíritu, se alimentan del árbol de vida. Esta casa está destinada a acoger a los hijos de los hombres, convertidos en hermanos de Jesús. Allí reciben el Amor del Padre y se encuentran unidos para celebrar la gloria de Dios y para participar de su misterio.

El árbol recuerda el lugar donde los tres peregrinos huéspedes de Abraham descansaron a la sombra de la encina de Mamre. Es el árbol de la vida, del Paraíso Terrenal, del cual, según la tradición, se extrajo la madera de la cruz: un árbol que ha dado la vida al mundo y que lo ha curado del pecado. El fruto de este árbol es el Hijo de Dios.

La montaña es el lugar donde, en el silencio, el Espíritu habla y actúa. Es allí donde Él ha llamado a Moisés. Es también

el monte donde Jesús llevó a los suyos para revelarse transfigurado. Es en el monte, en fin, donde Jesús entregó su Espíritu.

Si finalmente nos fijamos en los bastones, nos daremos cuenta de que los tres ángeles no han soltado el bastón de peregrinos. Lo tienen en su mano izquierda, listos para levantarse y continuar el viaje. Dios siempre está de paso. Él pasa. Tenemos que prestarle atención y hospitalidad cuando pasa.

Si nos empeñamos en mirarnos a nosotros mismos, nos salimos de ese movimiento de amor que es Dios. Si nos vanagloriamos de lo que hemos hecho, dejaremos de estar en los brazos del viento divino, que siempre sopla hacia el ángel del centro, hacia Jesús. Él es digno de nuestra atención y la meta de la contemplación. El Espíritu nos lleva siempre a fijarnos en Él.



www.amigosdeldesierto.org